

# LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.º 10

Montevideo, Mayo 25 de 1900

TOMO II

## SECCIÓN DE LITERATURA

### «SUEÑO DE ORIENTE»

A Roberto de las Carreras.

Acabo de leer vuestro libro y me he visto impensadamente en el espejo de mi ropero vetusto. Estoy intensamente pálido. Una rara sensación de voluptuosidad crepita en mis nervios con la sugestión exótica de los rasos orientales. Una fiebre de deseos irradia en mis pupilas, y un temblor sensual estremece mis manos.

He abierto el cofre mágico de mis adormecidas ansias carnales y he soltado las cautivas palomas blancas... ¡oh, dolor! tenían las alas de nieve teñidas con grandes rosas de púrpura!

Acaba usted de guiarme por un extraño laberinto de refinamientos lujuriosos; me ha invitado usted á un succulento banquete de carnes vírgenes aún después de la desfloración; me ha hecho usted entrever un país de sangrientos claveles salpicando un huerto de cupreanas ambiciones y de infinitos renamamientos.

Y he vuelto á encendarme la primera hoja y no he podido menos que condolerme de usted. ¡He leído Montevideo, sí, Montevideo y no París!

Y al recorrer las hojas de la novela, cuando he caído en cuenta en la yema de los dedos, y perdíendome en el vértigo de sus variaciones tersas, he asistido á las extrañas nupcias del Ensueño y la Carne, copulando en una imposible estrofa de amor. Son la lis y el

el clavel, la paloma y el buitre; lo castamente rojo de una pasión y lo sensualmente encarnístico de un idilio...

Me ha hecho usted soñar con senos turgentes y copulantes, con blancas magnolias de un vergel de amores profanos; con caderas enarcadas é impecables... Me ha hecho enervar los glóbulos, exaltar los nervios y arrojarme á un abismo de deseos ímposibles y desesperados.

¡Oh su Lisette, reina y maga de una Stambul ideal, que encadena á su carroza de encantos semi-virgenes!

En un patios lleno de luna, bailando una zambra debe ser debidamente bella y en un Triunfo acibillado de flores y ricas, una duquesa de voluptuosidades felinas y modales principescas.

Yo la sueño; — digo mal — usted la forja y yo la adoro á su hechura.

Sus senos, pétreos á las fecundaciones, se verguen como demundos de alabastro en cuyo cenit germinaran los rubies; sus muslos inaccesibles al pellizeo son mórbidos y adorables y su vientro terso como una cúpula de mármol-rosa tiene miedo al fruto legítimo.

Sí; es usted razonable. A ciertas mujeres se les debía hacer eternamente vírgenes. Hacer de la mujer una estatua es el sueño de un artista genial, la concepción sublime de un cerebro lleno de raras fantasías y fastuosas fantasmagorías. Usted es el reverso de Pigmalión (y aquí una explicación al caso. Aquél se hizo artista después de abrazar á Galathea; usted es artista sin haber abrazado á Lisette...).

De buen grado petrificaría usted las caderas de su amada; esas caderas que se alzan sobre columnas de pórfido lustral como dos areos-apolíneos agobiados por el peso de dos globos erguidos, y tallados en nieve recogida en una romántica noche de luna.

Su « Sueño de Oriente » ha sido escrito con sangre de cantáridas. A ratos galopan entre ironías y deseos famélicos bocanadas de perfumes sensuales á lo Pierre Louys. De pronto se aparece en la emboscada René de Mazeroy con sus amores de *directtes* y *grivoises*, con sus casinos y sus tabernáculos, con sus parisienses adorables y canallescas!..

La modestia no le ataja en la enervucijada. Es usted lo que debe

ser: un *boulevardier* inderrotable y carnal. Yo creo que algún día Lisette llamará á su puerta. Si hoy no lo hace es porque á pesar de sus deberes de esposa, no están del todo rojos sus azahares.

Sé también que su excitante y filigranado *cachet* será un libro furtivo. Las vírgenes lo leerán en el silencio de la alcoba, después de cerciorarse que nadie las contempla semi-desnudas. Lo leerán al acostarse y usted será el culpable de muchas palideces y de muchas hojeras violáceas que florecerán en sus dueñas con los primeros rayos del sol.

Y feliz usted que recogerá las primeras rosas de las voluptuosidades núbiles, saboreador de gracias vírgenes y de blancuras astrales, nimbadas por aureolas místicas!

---

¡Otra vez he vuelto á mirarme en el espejo y me doy miedo!

Siento pasos menudos. ¡Es mi novia!

Con permiso, poeta! Voy á esconder vuestro libro y asegurarle en uno de los cajones de mi escritorio con tres vueltas de llave!

Si hoy llegase á mirar con ojos lascivos é impuros á la inocente paloma que viene todos los crepúsculos á hundir sus gracias vírgenes en mis brazos, su libro será el culpable...

Voy á decir á mi novia que no suba...

¡No me pertenezco!

---

Si os parece beberemos juntos, y al aire libre, un sorbo de absinthio en copa de cristal de Bohemia. El absinthio siempre está pronto á recordar unos ojos verdes que nos han mirado, y el oro los bucles perfumados de una amante que nos ha querido. Creedme; no puede ser poeta el que no lleva en su relicario un rizo de mujer y no ha gustado de la venenosa y exótica dulcamara.

Si está dispuesto á no enojarse hablaré de usted. Estoy solo, y mi novia no volverá hasta el próximo crepúsculo. Ahora podemos hablar tranquilamente.

Hace un rato os llamé perturbador de virginidades; ahora me ocurre llamaros explorador de la línea y enamorado de la forma. Un seno caído evoca en vuestro cerebro toda una pesadilla de

Goya, y una cadera equina os maltrata con todas las torturas de Alighieri.

En vuestro cerebro no tienen cabida sino las curvas admirables, las curvas helenas que invitan á la mano al supremo espasmo del tacto. (Reparad que á todo esto no hemos hablado de los ojos de Lisette, ni de su boca y sus cabellos).

La belleza de la forma reside en el busto y las caderas. Una mujer trapezoidal os recordará un mono envuelto en sederías, y un corsé corrigiendo delicadezas, una marquesita pronta á rendirse después del *minué* y antes del *ambigú*...

¡Y de qué manera vuestra pluma festonea sobre el tema escabroso!

A veces el rojo lascivo del deseo va disminuyendo su tonalidad, hasta el rosa puro del candor. Desciende usted de la cumbre de espasmo y la mordida hasta el pedestal místico de una euna blanca.

Banville os ha prestado su lente policromático y Alfredo de Vigny su cetro áureo.

Temo y me alegro que justicieramente os quedéis con ambos.

En vuestro libro hay una confusión adorable. Benvenuto Cellini esgrime los pñecles y Wateau empuña el cincel.

Es más! Me ocurre usted un sacerdote pecaminoso pontificado en una sinagoga de ~~lujurias~~; en una sinagoga extraña donde las casullas son rojas y los cálices son modelados en ágata con senos de niñas vírgenes. Es usted el gran sabino de las manchas aristocráticas.

Es usted un gran profano y un gran sahnista.

En su templo no existe el Cristo que se abre de brazos, sino la Venus que se muere de risa. Las hostias están empurpuradas con sangre tibia y el sacerdote oficia, á mitad de misa, borracho de *champagne*.

En su misal campean las cifras rojas y las viñetas reproducen artísticas posturas del desnudo. Su turíbulo esparea myrras énevantes y provocativas, y el órgano de su pagoda es un gran clavicordio sensual é imposible. Las campanas son de oro y los badajos de cristal de roca.

Monsieur Luzbel vestido de frac es el campanero.

Las gradaciones elegantinas del órgano estorbarían bruscamente las armonías del conjunto y en su imposible clavicordio hay rumores de cortesanas mandolinas y sistros lupercalios.

En una castalia de amores es usted un cisne negro, y en una barranca alfombrada de amapolas y azucenas — gules sobre nieve — un fauno que atado á la roca de una impotencia forzada contempla rabiosa el baño de Susana en un remanso cristalino, que la envuelve en un interminable abrazo de frescor.

Un soplo tropical recorre las páginas de vuestro libro, y el desdén desfallece cansado de voltejear, sobre un tálamo de púrpuras imperiales. Se hipa el supremo cansancio entre un trémulo de violines y se estrangula el último beso en el fondo de una copa donde han bebido muchas bocas sensuales y minúsculas, rocío de granada y zumo de adormideras.

Y sin embargo, al final, os ha rendido vuestra carnalidad! En vez de soplar una trompa de oro en señal de triunfo, buscáis en la cornamusa una nota indefinida, vaga, oscura...

En vuestro libro anochece en plena agonía del sol. No hay crepúsculo. Se pasa vertiginosamente del día á la noche, y las figuras se esfuman por arte de encantamiento.

Pero volvamos á charlar de Lisette. La heroína impera sobre el autor. Éste lo ha querido así.

Creo que vuestra duquesita encerrada en un serrallo, haría morir de amor á un visir pletórico de succulentos y vivientes manjares. En el rojo y tibio estuche de su boca, sorbería leche de cabritas blancas y paladearía mieles excitantes de la Arabia.

Sus ojos — negros diamantes de un país lejano y fabuloso — serían por la noche los ojos fosforescentes de una gata glotona y nunca satisfecha.

Llevemos á Lisette á Sevilla y se morirá de pena. La manzanilla le hará daño y la guitarra le parecerá un grillo muy grande é inarmónico.

En cambio llevemos la heroína á París. (A todo esto ya habrá venido á golpear á vuestra puerta).

Calzará zapatitos con tacos Luis XV y concurrirá á todos los casinos y cafés cantantes; lucirá descotes audaces y bailará el *can-can* con el supremo arte de una Cleo de Mérose.

Hay princesas bailarinas y Lisette, por derecho natural, será una bailarina princesa.

Y en esa atmósfera viciosa de París, recargada de opio, de incienso de cigarros y *calambours* de subido color, Lisette cimbraría sus caderas en un ritmo voluptuoso y lloverían brillantes y sombreros en el escenario:

Tendrá las impensadas audacias del eulbreo de las bayaderas. Afrodísia la vestirá de paje para admirar, ante un público de viejos verdes y pecaminosos, el armónico balanceo de sus caderas, bajo el raso rojo con listas de oro leonado...

Lisette desnuda se simboliza en un relámpago de alabastro. Sus largos brazos, mórbidos y tibios, llaman al abrazo y su piel sonrosada está dispuesta a cubrirse de minúsculas rosas de escarlata, como implacables cauterizaciones de tarántulas en la época del celo...

---

Disculpád si me interrumpo. Siento fiebre en las arterias y visiones en el cerebro. Una flámula erótica recorre mi espina dorsal. Sus extrañas caricias me cosquillean bajo la piel. Voy á ver á Lulú...

Veo, poeta, que mi palidez aumenta y que mi novia va cayendo de su pedestal de inviolables rosas blancas. El pecado me ofrece rosas de púrpura. Vacilo!

No importa! Seré otro nuevo amante disfrazado de marido!

Herrera y Reissig tiene razón: ofrecéis la estrignina en dedal de oro cincelado!

Manuel J. Sumay,

Argentino.